

180
165

Pero la impresión hilarante que esa visión de los cuchillos acechando detrás de las esquinas, produce a los que conocen mejor el asunto, no nos puede cegar hasta el extremo de que neguemos que hay algo de cierto en la relación del desorden que hace el comandante Wells. No necesito haber presenciado el entierro del general Riva, para pensar que así sea.

El desorden, más que el desorden, la *burundanga*, está en el fondo de nuestro ser, lo mismo en Cuba que en las repúblicas de nuestro propio origen, y llega a la misma España, de quien lo hemos heredado. En la nación-madre necesitan formar una doble fila de soldados a lo largo del camino que ha de recorrer una gran manifestación pública de cualquier clase, para que en ésta haya cierto orden. Y lo mismo pasa en las naciones-hijas, desde tiempo inmemorial. Es un defecto atávico, en que todos incurrimos, y con el que llegamos hasta a encariñarnos. Nuestros muchachos salen de la escuela atropelladamente, empujando; del mismo modo, nuestros hombres se empujan y atropellan, en las taquillas de los teatros y en las manifestaciones populares de regocijo, de protesta, de entusiasmo o de dolor. Para corregir el mal sería preciso curarlo en la niñez.

Todavía me parece estar viendo en otro entierro popular a un señor que tenía ideas medioevales sobre la relación entre las clases, el cual, por razón de su cargo se vió obligado a asistir a aquella manifestación. Pasó apuros terribles, en su empeño de alejar su clásica levita, y su barba augusta de senador, de un grupo de señores del arroyo, todos los cuales iban en mangas de camisa; sudaba, se esforzaba, por equiparar la distancia física a la social, por separarse del grupo demasiado democrático, y unirse a otro, distante, de levitas; se le notaba en la cara sudorosa el esfuerzo enorme que estaba realizando sobre los guitarros de señales de la calle. A los pocos días supe que estaba enfermo de cuidado y lo atribuí a la zozobra de aquel momento.

Un americano, que está enseñado a tener orden en todo, que forma fila a mediados de agosto al comprar su localidad de teatro para diciembre, que marcha en filas militares en sus entierros y procesiones, que llega hasta la más ridícula exageración en esto, no concibe que un espectador pueda convertirse en miembro del cortejo fúnebre, de la procesión o lo que sea, simplemente, para ver mejor; nuestra afición a la *burundanga* y nuestro delicioso desorden callejero, debe parecerle, como ha ocurrido esta vez, al comandante Wells, hasta un preludio de revolución política.

Attaché.